Intervención del presidente del PP, Alberto Núñez Feijóo

Acto de presentación del programa electoral para el 29-N

10 de noviembre de 2026

OFICINA DE INFORMACIÓN
Calle Génova 13, 28004 Madrid
prensapp@pp.es · Telf: (91) 557 73 58 / 59

Muy buenos días a todos. Muchísimas gracias por venir.

He visto a gente que viene desde muy lejos, de muchos kilómetros, a Madrid en un momento que hay huelga de maquinistas.

Agradezco mucho el desplazamiento.

Dice Alma Ezcurra, acaban de oírlo ustedes, que en este programa se pretende reunir, en primer lugar, la verdad. En segundo lugar, la confianza. Y, en tercer lugar, la autoestima.

Y a mí me gustaría añadir, dado que esta noche vamos a ir a un funeral de Estado en Toledo para recordar a las 69 personas que han perdido la vida en el segundo accidente consecutivo del AVE que, además, un funcionario público, un ciudadano que trabajaba para defender nuestra libertad y nuestros derechos, y otro funcionario público que en este momento está luchando por la vida, me refiero a los dos policías en Oviedo, me gustaría añadir la palabra respeto.

Por eso, pido un minuto de silencio en recuerdo de todos ellos.

Reitero el agradecimiento, en primer lugar, a la sociedad civil que se ha desplazado hasta aquí para escuchar, para conocer, posteriormente en su caso para analizar… pero les agradezco mucho que nos regalen estas horas de su jornada para conocer qué es lo que queremos hacer con su país, con nuestro país, con España.

Les quiero agradecer a todos ellos sus aportaciones que hemos recibido en los últimos meses. Les hemos dado forma, las hemos concretado, las hemos analizado.

Y también, por supuesto, les quiero agradecer su confianza y generosidad con el primer partido de España, que es el Partido Popular.

Por supuesto, es de justicia también agradecer a los compañeros del partido que han trabajado durante mucho tiempo en esto.

Hay mucha gente detrás, por supuesto, los líderes de los distintos departamentos del partido, los vicesecretarios, los equipos… hay mucho trabajo de las comunidades autónomas.

Gobernamos para el 60% de la población española. Somos el partido de mayor experiencia en gestión, el partido que gestiona más servicios públicos en España.

Y, finalmente, quiero agradecer, porque es de justicia y, además, ustedes lo acaban de acreditar, la coordinación del programa en la figura de a Alma Ezcurra. Porque lo ha hecho con rigor, con inteligencia, con humor, con humanidad.

Y también le agradezco que haya recordado a quien inició todo esto en un acuerdo de confianza en una cafetería del Paseo de la Habana un domingo que llovía, en el que cité a Pablo y, sin pedirme nada, sabiendo lo que iba a cobrar, se embarcó en un proyecto y aquí está el origen de una persona que tenía sentido de Estado y que, también, era una persona bondadosa.

Sabía cuáles eran las patologías que le afectaban y, sin embargo, dio un paso al frente.

Al igual que Alma estaba recordando a Pablo, yo también quiero recordar a Josep Pique. Porque era la persona que yo tenía previsto que fuese el presidente de la Fundación Reformismo 21.

No sé qué pasa, qué fatalidad ocurre, pero parece que los mejores se van primero. Pero lo cierto es que allí están.

Amigos, hoy no venimos a presentar un programa electoral más, venimos a hacer un llamamiento a los españoles.

Nadie duda de que estamos ante, probablemente, el momento más trascendental de los últimos 50 años en nuestro país, porque no vivimos únicamente las consecuencias de malas políticas, de pésimos gobernantes.

Nos enfrentamos a problemas de tal gravedad, que España no puede permitirse otros cuatro años más como estos. Porque estos problemas no se pueden resolver con unos pocos retoques.

En estos años se han debilitado los cuatro pilares sobre los que descansa cualquier país.

El Estado se ha debilitado, el poder ha forzado todos los límites de la democracia, la nación común se ha usado para enfrentar y negociar, y a los españoles se nos

ha impuesto la idea de que debemos resignarnos a vivir por debajo de nuestras posibilidades.

No hay nada en la España de 2026 que funcione mejor que en la España de 2018.

Por eso, yo quiero convocar a los españoles a una tarea colectiva: la reconstrucción nacional.

Quiero que recuperemos lo que nos han arrebatado estos años y que lo hagamos juntos, sin muros.

Reconstruir no significa volver atrás, ni sustituir unas imposiciones por otras.

Yo no voy a hacer un *sanchismo* de derechas.

Reconstruir significa recuperar lo que sí funciona, reparar lo que se ha deteriorado y poner los cimientos de una nueva etapa más luminosa, como diría Borja Sémper.

Ahora bien, soy consciente de que la reconstrucción empieza por algo aparentemente simple. Y esa responsabilidad empieza por mí, si los españoles me dan su confianza.

La reconstrucción nacional no empezará espontáneamente el día que cambie el Gobierno. Empezará si cambia la forma de gobernar, comenzando por el presidente. Y con él, todos y cada uno de los que sean nombrados en puestos de responsabilidad del Estado.

Es por ahí por donde quiero iniciar mis compromisos esta mañana.

Yo soy consciente, vuelvo a reiterar, de que la reconstrucción empieza por algo aparentemente simple. Ahora bien, para mí gobernar no es simple, es muy difícil.

Es servir y defender, ya lo he dicho en otras ocasiones.

Servir sabiendo que los recursos públicos no son tuyos, que el dinero es un bien escaso susceptible de usos alternativos, servir sabiendo que el dinero lo aportan los trabajadores con las retenciones de su nómina y cuando consumen cualquier producto.

Por tanto, servir es respetar la honradez del administrado.

Y defender: a España, a los españoles.

Pero hay una tercera obligación para un gobernante, que es cumplir.

Lo que más me gusta de este programa es que será fácilmente evaluable dentro de cuatro años.

No tiene paja, cada línea es importante.

No está escrito para impresionar por su volumen. Está pensado para gobernar con prioridades claras y para rendir cuentas después de hacerlo.

Yo quiero que los españoles, si lo consideran oportuno, lo guarden y que dentro de cuatro años lo juzguen.

Que comprueben al final de la legislatura, punto por punto, si hemos cumplido nuestra palabra.

Yo quiero ser evaluado.

El poder tiene que volver a respetar a la nación y a la gente.

Y por eso, digo: no me refugiaré en la herencia recibida. Por supuesto, la explicaré con todo detalle, con toda claridad y todo el tiempo que sea necesario.

Pero no será la coartada para incumplir lo que aquí se compromete. Desde el primer día responderé por lo que hagamos.

Y lo haré sobre cuatro grandes pilares que resumen nuestra propuesta de gobierno y que quiero desarrollar a continuación.

- Reparar el Estado.
- Regenerar la democracia.
- Reunir a la nación.
- Recuperar la ambición y la autoestima de España.

Empezaré por el Estado. Los ciudadanos sienten que el Estado ya no está cuando se le necesita.

No está en las fronteras, ni en el mantenimiento de las infraestructuras, ni dá seguridad en las calles, ni tampoco en las catástrofes.

Se lo encuentran para recaudar, para eso sí.

Y para consumir recursos públicos, también.

Y para pedirle cada vez más a la gente, también.

Pero a cambio, el Estado es incapaz de trabajar para el más débil.

España no necesita un Estado más grande, necesita un Estado que funcione.

Y eso no se hace con colegas de partido, ni confundiendo la fortaleza del Estado con su tamaño. Eso es como confundir la grasa con el músculo.

A España no le hacen falta 22 ministerios, ni miles de asesores, ni centenares de organismos que no se sabe para qué valen, ni más deuda pública que nunca.

Necesita los mejores en los puestos clave y necesita capacidad de gestión, rigor y experiencia al lado de los empleados públicos.

Así es como se combatirá la idea de que en el Gobierno lo único que funciona bien es la Agencia Tributaria.

Quien ejerce el poder tiene que ser exigente consigo mismo antes de serlo con los ciudadanos, y lo seremos.

En los cien primeros días, se auditará el gasto de la Administración General del Estado. Cada euro.

No quedará ninguna alfombra por levantar. Revisaremos todas las ayudas, contratos públicos y subvenciones otorgadas.

Si encontramos fraude, lo denunciaremos. Y si encontramos gastos que no responden al interés general, los eliminaremos.

Ningún gasto se mantendrá por inercia, sino por su utilidad.

Y quiero ser especialmente claro en esta cuestión. No habrá incentivo alguno para quien conduce una empresa pública al desastre.

Es lo mínimo que los españoles tienen derecho a exigir a quienes administran su dinero.

En mi Gobierno nadie será premiado por gestionar mal. Ya sea el presidente de Correos o de Adif.

En tercer lugar, también hay que legislar de otra manera.

Una hora de uno de los tres millones y medio de autónomos que pierde en un trámite innecesario es una hora que no puede dedicar a su negocio.

Una licencia que se retrasa puede significar una inversión que no llega.

Un euro malgastado es un euro que no puede destinarse a lo que verdaderamente importa.

En cuarto lugar, basta de decir que hay que simplificar la burocracia. Hay que hacerlo.

Nos sumaremos a la petición de una moratoria regulatoria en Europa y nos aplicaremos el cuento en España.

Cada norma nueva, tendrá que eliminar tres vigentes.

Y la administración debe confiar en el ciudadano, está a su servicio.

Ampliar los supuestos de declaración responsable, reconocer de oficio lo que le corresponde, que el campo no necesita más obligaciones añadidas a la que ya impone Europa.

Y el Estado ha de ser igual de diligente para cobrar que para pagar.

La Administración también tiene que cumplir sus propios plazos.

Sigo hablando del Estado, se trata de que el Estado desaparezca de donde entorpece y centre todos sus esfuerzos en estar donde sí tiene que tener presencia.

Llegar el primero a una emergencia y ser el último en irse de ella. Sin que se lo pidan.

Garantizar el orden constitucional con presencia en todo el territorio. No habrá un vacío del Estado en ninguna comunidad autónoma.

Asegurar la unidad de los recursos: de la Agencia Tributaria, de la Caja única de la Seguridad social.

Y, por supuesto, controlar las fronteras y afirmar la soberanía nacional.

¡Eso es un Estado presente! Que es de lo que estamos hablando.

El Estado no puede abandonar nunca más a los españoles. Tiene que proteger a todo ciudadano. Desde Cataluña a Ceuta. Desde Canarias a Galicia.

España tiene que recuperar el control de sus fronteras, y yo me comprometo a ello porque lo tengo muy claro.

Las vías legales para llegar a España tienen que funcionar, los retornos de quienes no tienen derecho a permanecer tienen que ser efectivos y la inmigración tiene que ajustarse a la capacidad real de acogida de nuestro país.

Ningún país puede dar lo que no tiene.

La inmigración irregular no puede seguir siendo la puerta de entrada a España, ni mucho menos un instrumento de presión sobre nuestra integridad territorial.

El deber del Estado es combatirla con todos los medios necesarios.

Con la fuerza de la ley y con una prioridad innegociable: España no es un Estado subordinado a nadie. Necesita un presidente libre y, si la gente me da su confianza, lo tendrá. Un presidente libre que solo tenga el compromiso con los españoles.

Nuestra aspiración es que los españoles puedan vivir tranquilos.

Nadie fuera de la nación, ni tampoco nadie dentro, tiene derecho a alterar su seguridad. Es elemental. Y se tiene que traducir en decisiones elementales.

El crimen organizado no puede campar a sus anchas en ningún territorio de España.

Los violentos tienen que tener un castigo mayor, y vandalizar las calles y los negocios tiene que salir muy caro a quien lo hace.

Y la multirreincidencia tiene que tener una respuesta más eficaz.

¿Qué es eso de poder convertir el hurto o la okupación en un modo de vida? De ningún modo. El que roba, se va a la cárcel. Y el que okupa, se va a la calle.

Este compromiso se refiere también a la seguridad de más de la mitad de la población: la seguridad de las mujeres.

Lo repito: el Gobierno de las orgías tiene que ser sustituido por otro que respete a las mujeres.

Leyes que las protejan, pulseras que funcionen y sí, prisión permanente revisable para los depredadores sexuales y para el asesino que se niegue a revelar dónde está el cuerpo de su víctima.

Quiero expresar mi respeto a la madre de Marta Calvo y al padre de Diana Quer. Ninguno podemos imaginar vuestro dolor, pero sí hemos entendido vuestro mensaje.

Y hay otro pilar fundamental de nuestra seguridad que no quiero dejar de mencionar. Sus representantes también están hoy aquí presentes. Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado que nos protegen merecen recursos, reconocimiento y autoridad. Y, si de mí depende, lo que tendrán.

Por cierto, cuando se duda de si las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado deben ser o no profesión de riesgo, simplemente vean lo que ha pasado esta mañana en las calles de Oviedo y llegarán a la conclusión de que les debemos muchos años de profesión de riesgo.

El segundo compromiso es regenerar nuestra democracia.

La democracia no consiste solo en votar cada cierto tiempo, consiste también en establecer unas reglas entre elecciones y en respetarlas. Lo que Cayetana llama la “revolución de la decencia”.

Para empezar, hay que recuperar algo muy básico, pero lamentablemente olvidado en estos años.

Basta de escándalos, basta de amaños, basta de mordidas, basta de corrupción.

En mi caso, he servido a los intereses generales más de tres décadas y me siento orgulloso de poder decir que no he tenido casos de corrupción en ninguno de mis equipos ni en ninguno de mis gobiernos. Y así tiene que seguir siendo.

Vamos a reformar el suplicatorio para que jamás se pueda traducir en impunidad, vamos a reducir los aforamientos, vamos a endurecer las penas por malversación de fondos públicos y os aseguro que mi Gobierno no indultará a ningún político condenado por corrupción nunca. De ninguna manera.

Mi compromiso es reparar el daño y cambiar las reglas que han permitido tantos abusos.

Gobernar será servir a los españoles, no servirse de ellos.

Con todo, regenerar la democracia es algo más que comprometerse a no robar.

También consiste en que los poderes se controlen mutuamente, en proteger la independencia de las instituciones del Estado, en recordar que una mayoría parlamentaria no convierte en legítima cualquier decisión.

El poder tiene que tener límites. Yo quiero contrapoderes que puedan decirme que no.

Soy consciente de lo que estoy diciendo. Los más incrédulos piensan que será grande la tentación de repetir lo mismo que hemos sufrido estos años. Pero hay una forma de evitarlo, cumplir con un principio sencillo.

Ningún gobernante debe reclamar para sí un poder que haya considerado abusivo en manos de otro. Y en mi caso, las obligaciones están claras. Basta con consultar mi hemeroteca.

Hay que presentar presupuestos todos los años, queridos amigos.

Estoy viendo a la persona que presidía la junta de accionistas de Correos, abogada del Estado, y yo era el consejero delegado. ¡Imagínense ustedes que no presentase presupuestos todos los años!

Pero es que ya en nuestro país decir que hay que presentar presupuestos todos los años es una cuestión muy vanguardista.

Pues ya les digo: vamos a presentar presupuestos todos los años.

Y el año que viene toca presentar dos: en primavera el del año 2027 y a finales de año el de 2028.

¡Vamos a presentar presupuestos todos los años! Por supuesto, es la democracia parlamentaria la que lo exige y la Constitución.

Y las leyes tienen que poder debatirse y votarse. Sin trampas ni atajos.

Y un gobierno debe poder ser controlado. Es decir, tiene que rendir cuentas, contestar las preguntas de control y celebrar anualmente y obligatoriamente el Debate sobre el Estado de la Nación. ¿Se acuerdan ustedes de aquello? Parece razonable recuperarlo.

La igualdad de los españoles ante la ley no tiene precio, no se negocia. Aquí no hay nadie que tenga más derechos que los que no están. Aquí ni el presidente del Gobierno ni ningún ministro va a tener más derechos que ningún ciudadano.

La dignidad de la nación también es sagrada. Y eso empieza porque los condenados por terrorismo no tengan cabida en las instituciones, no sean homenajeados ni puedan participar en la elaboración de nuestras leyes de memoria democrática.

Y otro pilar democrático esencial: el Gobierno no controla a quien lo vigila.

Por supuesto, los medios de comunicación tienen que dejar de ser insultados.

Pero, además, el fiscal general del Estado tiene que dejar de estar a las órdenes de una ideología, los organismos reguladores que actúan de árbitros deben ser dirigidos por personas imparciales, la independencia del Tribunal Constitucional

ha de ser una prioridad, no puede seguir siendo una sala de revisión de las decisiones del Tribunal Supremo ni un aparcamiento de ministros y asesores del Gobierno. Y cumpliremos nuestro compromiso de que los jueces elijan a los jueces.

Todos estos compromisos son ineludibles. Reconstruir las instituciones es algo más que un cambio de cromos, es garantizar que nadie puede volver a secuestrar lo que pertenece a los españoles.

Tercer pilar. Reunir a la Nación.

Lo he dicho con anterioridad. Si tengo la oportunidad de gobernar, el primer decreto no será formal, sino moral.

Lo primero que decretaré es el fin del muro entre españoles.

Se ha enfrentado a los españoles durante todo este tiempo. Jóvenes contra mayores, trabajadores contra empresarios, al campo contra la ciudad, a unos territorios contra otros, a los inquilinos contra los propietarios.

Naturalmente, existen intereses diferentes y problemas que requieren soluciones distintas. La política debe reconocerlos, pero no se puede convertir cada diferencia en un muro.

Los españoles no tenemos que pensar igual para volver a hacer cosas juntos.

No tenemos que votar igual, vivir igual ni compartir todas nuestras opiniones.

No hay que renegar de la pluralidad que nos enriquece. Simplemente tenemos que volver a reconocernos como ciudadanos de una misma nación, que es lo que somos.

Por eso, llamó a reconstruir la ciudadanía común.

Que los derechos no dependan del lugar de residencia, que algo tan sencillo como una tarjeta sanitaria se reconozca en cualquier parte de España, que una empresa pueda crecer en todo el territorio sin pedir un permiso nuevo en cada comunidad.

Que el acceso a la universidad de un joven sea homogéneo, que quien contribuye a sostener la nación tenga prioridad en el acceso a las prestaciones o que se enseñe en español en toda España.

Eso es la ciudadanía común.

Llamo también a reconstruir el orgullo de ser español.

La nacionalidad dejará de regalarse y su adquisición exigirá lealtad a nuestra nación, a nuestra lengua y a nuestros valores.

Llamo a reconstruir el pacto territorial. Lo que es de todos se volverá a decidir entre todos.

Llamo a fortalecer el pacto entre personas. Que ninguna circunstancia personal -ni la discapacidad, ni la dependencia, ni la soledad- limite la autonomía de nadie.

Y llamo a reconstruir el pacto entre generaciones. Gobernar es proteger a quienes han sostenido este país toda su vida y garantizarle un futuro a quienes empiezan a hacerlo.

Lo repetiré hasta la saciedad: las pensiones se revalorizarán todos los años. Sí o sí. Porque las hemos revalorizado siempre.

Mi mandato será útil si además logramos revalorizar también las expectativas de vida de los jóvenes, que de eso se trata, de garantizar el sistema público de pensiones, no solo de revalorizar las pensiones anualmente.

Y dejo para el final de este apartado lo más difícil que tenemos que reconstruir. Lo decía Alma, hay que reconstruir la confianza.

Una sociedad no puede vivir con la incertidumbre de si aquello que debe funcionar va a funcionar.

Tenemos que reconstruir la confianza en nuestras infraestructuras.

Que un trabajador pueda coger un tren sin miedo, que un camionero no esquive socavones en las autovías del Estado, que una empresa pueda invertir sabiendo que tendrá energía y conexiones fiables, que el campo, la ganadería y la pesca tengan lo que necesitan para poder desarrollarse.

Por supuesto que el campo tenga agua y que todos tengamos la seguridad de que el país está mejor preparado para responder.

Me encargaré de que España disponga de un Plan de Energía y un Plan Nacional del Agua. Y por supuesto, me encargaré de España disponga de un Plan de Infraestructuras que permita revertir tanto deterioro.

Lo haremos con el sector, anteponiendo el mantenimiento y la conservación a la nueva construcción y con recursos suficientes: necesitamos 300.000M€ en 15 años.

Haremos todo lo que hay que hacer para que los españoles dejen de vivir pendientes de lo que falla y vuelvan a confiar en lo que hemos construido.

Por último, el cuarto objetivo. Quizás el más importante. Recuperar la ambición y la autoestima. Que no nos conformemos con estar por debajo de nuestras posibilidades.

Este país tiene que honrar el esfuerzo cotidiano de millones de españoles.

Cada ciudadano tiene que contar con un Gobierno que le acompañe a lo largo de su vida.

Por ejemplo, un menor de cero a tres años necesita escuela infantil gratuita, y la cofinanciaremos con las comunidades autónomas.

Un niño de tres a doce necesita una educación de calidad, profesores con autoridad, y ningún adoctrinamiento.

Necesita pasar de los peores resultados en PISA de la historia a los mejores al final de la próxima legislatura. Y ese será un objetivo fundamental y elemental porque es el cimiento de la sociedad.

Un adolescente necesita un contexto digital más seguro y protección contra el acoso. También lo tendrá.

Quien cumple 18 necesita una formación profesional adaptada al empleo y una enseñanza universitaria a la altura de las mejores del mundo. Y hemos de trabajar para conseguirlo.

Un joven que empieza su propio proyecto de vida necesita poder pagar una casa, un hogar.

Hace falta un millón de viviendas y la mayor ayuda de la historia a los jóvenes para que la puedan pagar. Y lo haremos.

Si quieren ser padres y madres, tenemos que ayudarles. Y lo haremos.

Si el coste de la vida sigue disparado para las familias, tenemos que bajar la presión fiscal que soportan cada vez que llenan la cesta de la compra o el depósito de la gasolina. Y lo haremos.

Quien necesita ayuda sanitaria, debe tener una sanidad pública con médicos profesionales sanitarios. Y la tendrá.

Y los que tengan la suerte de llegar a ser muy mayores, necesitan un sistema público de pensiones y una atención a la dependencia en la que el Gobierno cumpla con su responsabilidad. Y cumpliremos.

Ese tiene que ser el trato: la gente cumple con sus obligaciones y el Estado responde con las suyas.

Lo que no es aceptable es que los españoles paguen cada vez más y reciban menos. ¡Más de 100 veces se han subido los impuestos! Un 69% ha subido la recaudación fiscal en nuestro país.

Lo que no es aceptable es que, con la economía creciendo, España sea el país con más pobreza infantil de la UE.

Lo que no es aceptable es que se siga haciendo caja con la inflación.

Lo que no es aceptable es que el Estado tenga más recaudación, más deuda y más fondos… y todo funcione peor.

El reto es preguntarnos qué país le queremos dejar a las próximas generaciones.

Hay que responder a esa pregunta y actuar en consecuencia.

Y yo no voy a dejar de repetir que el esfuerzo tiene que encontrar recompensa.

Mejores salarios, más tranquilidad para llegar a final de mes, una mínima capacidad de ahorro, que los autónomos puedan desarrollar sus negocios con menos cargas fiscales, tributarias, burocráticas…

Que el campo tenga una mochila menos pesada, que la industria pueda mejorar su productividad de forma real, que las empresas tengan incentivos para invertir, innovar y crear empleo.

Y por supuesto, menos impuestos. Hay margen para bajarlos y yo lo haré. Eso tiene que ser la recompensa.

Y añado: trabajar tiene que compensar más que no hacerlo.

Quien lamentablemente no puede trabajar debe tener la mayor protección.

Por ejemplo, yo creo que hay que proteger mejor a los enfermos graves de determinadas patologías cuando están de baja.

En muchos casos, quien padece hoy una enfermedad severa no percibe el 100% de su salario. No lo comparto y esto tiene que cambiar.

Pero tampoco comparto que quien puede trabajar, decida no hacerlo.

La mejor política social es la que devuelve a cada persona la capacidad de valerse por sí misma. Y eso es lo que vamos a hacer.

España necesita un Plan contra el absentismo laboral fraudulento.

Y, además, también crearemos una Renta de Activación que reúna el Ingreso Mínimo Vital y los diferentes subsidios en un solo camino hacia el empleo.

Lo haremos en colaboración con las comunidades y será compatible con el trabajo desde el primer día.

De tal modo que aceptar un empleo siempre mejore la situación familiar.

Cada beneficiario firmará un acuerdo de formación y búsqueda de empleo, con seguimiento verificable.

Y rechazar empleos adecuados, de forma reiterada y sin causa justificada supondrá la pérdida graduada de las ayudas.

Lo repito: trabajar tiene que compensar más que no hacerlo.

Amigos, a lo largo de esta intervención he intentado hablarles no de la España que puedo encontrarme, sino de la España que quiero legar.

Por supuesto, advierto de que, con un Sánchez envalentonado en el poder otros cuatro años, el daño al Estado sería irreversible.

Pero no pido la confianza de los españoles solo por eso. La pido porque tengo un proyecto para este país, para combatir su desesperanza.

No puede ser que a los 30 o 40 años muchos españoles sientan que su proyecto vital está quebrado. Me rebelo contra eso, no podemos aceptarlo.

Si se me pide una única prioridad, mi prioridad es devolver a todos, pero sobre todo a los jóvenes, la esperanza de una vida digna y segura.

Cuando una nación va cuesta abajo, lo primero es detener la caída. Luego, volver a subir. Esa es mi oferta.

Y si los españoles la aceptan, quiero que tengan algunas cosas claras.

He aprendido de todos los presidentes de la democracia.

Del actual he aprendido lo que no hay que hacer cuando gobiernas una nación.

Además, fui presidente de una comunidad autónoma durante más de 13 años.

Tuve errores e incluso aciertos, pero lo que creo que los gallegos aceptaron es que, entre todos, hicimos una Galicia mejor cuando me fui que como me la encontré.

Y no necesité para ello decirle a nadie cómo tenía que vivir, crear cultura, o amar.

Ese es el balance que importa de un gobernante.

Si logré cuatro mayorías absolutas consecutivas, siempre ampliadas, no fue por incumplir mis promesas, sino por convencer con mi gestión a los que antes no lo hacían.

Y en todo ese tiempo jamás mentí ni engañé a los gallegos. Y, por tanto, tampoco voy a hacerlo ahora.

Sé que hay gente que cuestiona mi determinación y quiero decirles que se equivocan.

No vengo a administrar la decadencia, vengo a levantar a un país.

No soy heredero ni de los errores ni de los contextos de nadie. Seré un presidente firme. Lo que digo lo hago. Y lo que hoy prometo, lo voy a hacer.

Creo que un Gobierno es un equipo, no un gallinero. Y creo que las Cortes son depositarias de la soberanía nacional.

Si en algún momento pierdo la confianza del Congreso, convocaré elecciones.

El Gobierno se ejerce, no se okupa.

También garantizo la defensa de la nación más allá de nuestras fronteras.

Vivimos una época muy compleja, pero las dificultades no cambian nuestros valores. Los mismos que ondean donde van nuestras Fuerzas Armadas.

España seguirá comprometida con la paz, con la democracia y con la determinación en su defensa y en la defensa de Europa.

Seremos un país leal, pero también firme. Colaborador, pero también exigente.

Quien nos llame para hablar tendrá contestación, no insultos.

Quien nos invada, también tendrá respuesta.

Por supuesto, creo en una España diversa y descentralizada, como garantiza la Constitución.

Y puedo jurar que un Gobierno que yo presida jamás va a intentar adueñarse del Estado.

Aunque llegara a tener 10 millones de votos, nunca olvidaré que en España hay casi 50 millones de personas que merecen la atención y el respeto del Gobierno.

Por eso se llama Gobierno de la nación y por eso gobernaré para todos.

No pido un cheque en blanco, pero sí un talón con una cifra: cuatro. Cuatro años para dar la vuelta por completo al país que hoy tenemos.

Después de esos cuatro años, evalúenme. Tampoco espero confianza ciega, ni del conjunto de los españoles ni de mis colaboradores.

Mi aspiración no es que nadie me considere el puto amo, quiero ser el primer servidor de este país.

Muchas gracias por su atención. He visto a gente que nos hemos visto en los últimos cuatro años, hemos tenido reuniones donde nos conocíamos menos cuando llegué y ahora nos conocemos más.

Estoy viendo a gente que viene de muchos lugares y que representa a muchas instituciones para escuchar lo que queremos hacer con nuestro país.

Esto es lo que queremos hacer con nuestro país: aquí vienen 249 medidas. ¿Por qué no 250? Porque son 249.

Les agradezco a todos ustedes su presencia. Estoy viendo a personas que fueron vicepresidentes del Gobierno, ministros, secretarios de Estado, subsecretarios, embajadores… ministros, vicepresidentes que fueron del Gobierno de Aznar y de los Gobiernos de Rajoy.

Estoy viendo a un partido unido. Lamento que otros no puedan decir lo mismo. Bueno, realmente no lo lamento.

Lo lamento por el PSOE, pero allá el PSOE.

El PP es un partido sólido, de Estado, que siempre ha estado a las duras. Siempre que ha habido problemas en España, hemos sido convocados a gobernar. Siempre que ha habido dificultades económicas y sociales. Siempre que ha

habido retos como entrar en el euro. Siempre que ha habido tensiones sociales y momentos dificilísimos de terrorismo en nuestro país, los españoles nos convocaron a gobernar.

Y por eso yo solicito formalmente una oportunidad para gobernar este país de otra manera. ¿Cómo? Exactamente al revés de cómo hemos sido gobernados estos años.

Este programa es la respuesta. Es la cura con la que sanar una España herida.

Muchísimas gracias por vuestro interés, por vuestra presencia y por vuestra ayuda.

¡Muchas gracias!